

DOS PREGUNTAS EN EL AIRE

Dra. María Amoretti Hurtado

ABSTRACT

In April, 1986, the *Facultad de Letras* of the *Universidad de Costa Rica* organized a round-table to discuss several aspects of the relationship between literature and society.

This article is a brief account of the round-table, in which the anecdotic nature of the communicative event itself and the most intensely discussed theoretical aspects are mixed. Two razor-sharp topics were brought into focus: elitism in literary criticism, on one hand, and the possibility of a symbiosis between mental and material objects, on the other.

The central and marginal issues around the postulates vehemently discussed are set forth here based on the two topics mentioned.

El martes 29 de abril de 1986 tuvo lugar en la biblioteca de la Facultad de Letras de la Universidad de Costa Rica una mesa redonda sobre el tema: Literatura y Sociedad.

En ella participaron como expositores Alvaro Quesada M.Sc., el Dr. Jorge Blanco, la escritora Ana Cristina Rossi y la que escribe estas líneas. Moderó el Lic. Gastón Gaínza. Todos profesores de la Escuela de Filología de esta universidad, con excepción hecha de Ana Cristina Rossi quien, sin embargo, en otro tiempo fue estudiante en esa misma unidad académica, y es hoy escritora reconocida y recientemente laureada con un premio nacional.

La asistencia fue nutrida y se abordaron los siguientes temas en el orden en que los cito:

Ana Cristina Rossi: ¿Quién habla? (El sujeto lacaniano)

Alvaro Quesada: El punto de partida en las relaciones Sociedad-Literatura.

Jorge Blanco: Transferencia tecnológica en los análisis sociales de la literatura.

María Amoretti: Semiosis textual y simbiosis cultural.

Sin mediar previo acuerdo, el resultado fue el de una excelente pero inquietante panorámica del circuito literario según la crítica de corte social de los últimos tiempos.

La respuesta del público, muy heterogéneo por cierto, puede medir la eficacia de la actividad.

Como suele suceder en estos casos, la última parte del evento resultó ser de lo más fecunda por el diálogo entablado en un nutrido cruce de preguntas y respuestas que suscitaron interesantes observaciones.

Dos preguntas, sin embargo, quedaron suspendidas en ese convivio... las dos últimas preguntas.

Razones muy claras tengo para pensar que tenían que ser precisamente las últimas: ellas nacieron de un proceso de transformación de los argumentos, que nos llevó finalmente a los problemas *esenciales*. Sobre todo en el caso de la segunda.

Para comprenderlas, es entonces necesario resumir brevemente lo que allí se dirimió. En consecuencia, se hace imperativo considerar las condiciones y posibilidades de su propio emerger.

Como lo reconoció *in situ* uno de los más conspícuos lectores de Lacan en nuestro país, el Dr. Jézer González, Ana Cristina Rossi nos regaló una clarísima, muy personalizada pero fiel reseña de esa lectura de Saussure, Marx, y Freud, que es la Teoría de Jacques Lacan.

Reseña que azarosamente, porque no hubo acuerdo previo en ello, yo de alguna manera reforcé con preocupaciones más metodológicas que epistemológicas, impelida como lo estoy siempre por el prurito didáctico del que mi ejercicio docente no me permite alejarme. Sin embargo, atravesando esas pautas metodológicas, señalaba mi más grande preocupación por dos riesgos descomunales en la lectura de los textos: la necrosis del sentido

que asesina las voces del texto en favor de una sola lectura y la histeria del significado que engendra anárquicamente todas las lecturas posibles e imposibles.

Por su parte, Alvaro Quesada nos presentó sugerentes problemas derivados de sus últimas investigaciones de las que ya nos ha ofrecido por este mismo medio y otros más especializados prometedores avances. Jorge Blanco se refirió a sus experiencias investigativas en Europa y la necesidad imperiosa de desarrollar pautas de estudio que, respetando las particularidades de ciertas regiones, no violenten la especialidad de las producciones literarias con la imposición de patrones importados.

Abordó, en suma, los riesgos de una transferencia de tecnología mal comprendida y apuntó la importancia de la literatura como institución.

Lo primero que alteró al público fue Lacan en boca de Ana Cristina Rossi. ¿Cómo aceptar la tiranía del lenguaje? ¿Cómo es posible pensar que todo, la realidad, el hombre, es sólo fórmula de lenguaje?

—Mire, decía Ana Cristina Rossi intentando niveles de lenguaje más gráficos, cuando yo digo la palabra “perro” no me sale un perro de la boca.

—Ciertamente, replicaba un participante, al igual que decía Jakobson: *la palabra* perro no muerde, pero omitió decir que *el perro* sí muerde”.

Resulta difícil aceptar una tesis logocentrista para quienes hemos crecido pensando a partir de una concepción antropocentrista, más humanista. Tampoco es fácil aceptar la cadena de sobre determinaciones que dejan al hombre postrado en un sujeto, más claro aún, en un sujetado, en un siervo del lenguaje.

La herida narcisista era muy dolorosa, intolerable, y rápido comenzó a demandar el público tablon de salvación.

Con la distancia que quizá la misma didáctica me ha enseñado y con la experiencia de haber ido pasando de unos sistemas explicativos a otros sistemas explicativos del mundo, me empeñé en ofrecer aspectos positivos que esas teorías habían traído al buscarles aplicación en el “comentario de texto”:

1) La reducción de fenómenos tan dispares (que generalizando podemos dividir en dos: objetos mentales y objetos materiales) a un denominador común, el lenguaje, favorecía una interpretación, hasta entonces imposible, entre literatura y sociedad. Ello, por otra parte, hacía que las relaciones de esos objetos tan disímiles en su naturaleza, con-

formaran *dialécticamente* una única realidad.

2) Cómo el comprender la fuerza y poder del lenguaje, nos daba al mismo tiempo armas para luchar conscientemente contra la seducción estética y nos permitía acercarnos a ella con menos inocencia y mayor malicia.

Pero también, sin ningún empacho de mi parte, comenté que como filóloga, como profesional del lenguaje, me venían “muy al pelo” estas teorías que proclamaban soberano del orden social y la cultura aquello que era precisamente mi campo de estudio: la palabra. Pero que, como persona, al igual que ellos compartía el sentimiento aterrador de verme, como un infortunado individuo, sujeto mutilado, privado de toda libertad, destinado a ser un eterno perdedor en el juego social en el que el lenguaje, era el único amo y el implacable tirano. Pero la coherencia de esta fantástica galaxia europea: Marx Saussure, Freud y Lacan, resistió todas las pruebas, a todo supo dar explicaciones. Aunque el público se resistió a aceptarlas, lo hizo por encontrarlas intolerablemente anti-humanas, pero no por faltarles lógica ni raciocinio.

En ese momento llegaron las dos últimas preguntas:

1) ¿No es elitista esta concepción de la literatura y los instrumentos de su lectura?

Sí, definitivamente lo son:

La literatura es una práctica social, pero reservada a ciertos sectores de la sociedad. Al concebir la literatura como una institución -tal y como lo señaló Jorge Blanco esa noche - se devela su sistema organizativo: escritores, críticos, editoriales, librerías, premios, concursos - cátedras - etc. Y ahí se evidencia un manejo direccional de ella que se concentra en ciertos grupos, que son los que deciden en primera y última instancia lo que debe ser leído como literatura y cómo literariamente se debe leer.

Los instrumentos de su lectura son también elitistas si hablamos de la lectura universitaria, porque por su naturaleza académica siempre ha sido lectura de iniciados y para iniciados.

Pero veamos algunos de sus efectos democráticos: al conocer el dispositivo institucional que censura lo literario, éste se relativiza y se rompe el cerco de lo instituido. Así es como entran en la Academia: el cine, la publicidad, las caricaturas y lo que se ha conocido bajo el peyorativo nombre de sub-literatura. Todos son importantes, todos ellos tan signos como la más áurea literatura clásica.

La segunda y última pregunta hizo irrupción: 2) Creo que aquí la cuestión viene a ser la misma

de siempre, ese viejo problema entre materialismo e idealismo. ¿no creen ustedes que a pesar de que aquí se postula como base el materialismo, se cae en el más rotundo de los idealismos?

Hay en esa pregunta un igualmente rotundo olvido: la dialéctica, el diálogo constante entre la materia y las ideas y el diálogo es el lenguaje mismo, que se convierte en el condicionante y el condicionado.

Pero si a Lacan se refiere voy a cederle a esa pregunta la magnífica evaluación que de él hace Françoise Gaillard.

La condición de siervo, según Freud, es voluntaria, la sumisión no es a una forma de dominación, sino la existencia de lazos sociales que nos unen unos a otros. Un principio general de cohesión al que nos sometemos voluntariamente, y explicado por Freud con el mito original de la muerte del padre. Después de la muerte del padre, señala la versión freudiana, los seres humanos formaron una comunidad fraternal en la que todos los miembros gozaban de los mismos derechos. Pero pronto surgió el descontento con este tipo de organización y sobreviene el restablecimiento del orden anterior pero con una nueva modalidad: se rompen los privilegios del orden matriarcal que se había instaurado después de la supresión del padre, y el hombre vuelve a ser nuevamente el jefe, pero *jefe de familia*. Así nace esa microestructura simbólica que llamamos familia y a la que todos hemos aceptado como "la base de la sociedad", de los ligamentos sociales, el orden social. Pero permanece lo prohibido, el recuerdo de la muerte del padre, que ahora se interioriza bajo el mandato de que el niño no debe desear a su madre (el incesto).

He aquí pues que la relación de alianza que funda nuestro orden social está estrechamente conectado con la relación de parentesco: la familia, y es un orden voluntariamente aceptado con la renuncia del primer objeto del deseo. El Edipo es pues la figuración familiarista de una cohesión cultural que aceptamos como ley antropológica.

De ahí se conecta la necesidad del intercambio, la ley del intercambio anotada por Marx y cuyo primer mandato, como lo señala Lévi Strauss, es la obligación de buscar mujer en otro clan.

Se asimila así la ley económica y la ley psicoanalítica.

Pero en Lacan, ya no es el tabú del incesto la cuestión del ligamen social. Para Lacan es el orden simbólico el que funda las relaciones humanas; ese orden simbólico se llama la Ley. Imperativo más peligroso pues costringe al individuo a una sumisión

más total y más sutil: la Ley no prohíbe nada... la obliga... (a decir para poder ser).

Actúa por la forma de su enunciación, basta la palabra, la palabra del "orden", que se convierte en la orden de la palabra. Y a nadie le está permitido alegar "ignorancia de la Ley". Desconocer la Ley, el orden del lenguaje, es pasar a la locura porque solo el insano es sordo a la llamada de su nombre. Sólo el insano no se reconoce en ese espejo de las palabras que la comunidad le tiende para forzarlo a unírsele identificándose en su pulida superficie.

Sólo podremos ser bajo el reino aceptado del orden de lo simbólico.

Al igual que la ideología, el espejo de Lacan sólo funciona en el reconocimiento y en la interpe-lación. La ideología y lo simbólico son los reclutadores del orden social. Ellos son la forma absoluta de la cultura o de la socialidad. Y el pasaje de la hominidad a la humanidad se opera bajo la ley de la cultura, la cual se confunde con la del lenguaje, de manera que aquella se convierte en el cerco socio-histórico de un sistema de producción de sentido.

El orden del lenguaje actúa por la simple revelación verbal de su pertenencia a un todo estructurado. Para establecer las reglas de parentesco basta hacer intervenir los pronombres personales: el sujeto al aceptar ser "yo" se diferencia inmediatamente del "tú" del otro, y del "él" del objeto, aprendiendo así a reconocerse por lo que él es y por el lugar relativo que ocupa dentro de la estructura familiar lingüística. Quien presta su apellido para este orden preciso es, lógicamente, el padre.

Se erige, al igual que en Freud, la familia como célula del cohesión que permite pensar la estructura social en su conjunto.

El sacrificio consentido -como diría Bremond en esta lógica de las secuencias de la explicación de la socialidad- sería el aceptar sustraerse de la inmediatez de lo vivido y aceptar en su lugar un equivalente. El tabú es el objeto del deseo, pero este no es cualquier objeto, sino justamente eso, la inmediatez de la relación con el objeto.

Según Gaillard, en las teorías de Lacan el lenguaje no es esa especie de instrumento que relaciona a los hombres entre sí, y por medio del cual éste se reconoce como hombre y como miembro de una misma comunidad. Por el contrario, en Lacan el lenguaje es *instrumento de ligazón pero de ligazón con su propio orden, el orden del lenguaje*.

El signo, la palabra, es castradora en cuanto quiere que las cosas se nos pierdan, desaparezcan, a fin de que sea necesario representárnosla.

La palabra engendra, pues, la muerte de las cosas y esta muerte es la condición del símbolo.

De las teorías de Lacan se desprende que para "ser socializado", para entrar en el orden social, hay que pagar un precio, hay que renunciar a la inmediatez de lo vivido y aceptar en su lugar un sustituto. Se debe renunciar a la inmediatez de mi relación con el objeto y aceptar como su equivalente un signo.

Al hacer esto, la teoría Lacaniana cae en su propia trampa pues se hace cómplice de la razón social, al ser presa ella también, de la imagen que le tiende el espejo de la ideología.

La explicación es la siguiente: la inmediatez del goce arruinaría nuestro modo de socialidad, pues su fundamento está basado en la circulación de

signos (la mercancía). El objeto del deseo, el tabú, resulta ser entonces el del consumo inmediato. Así, cómplice de la ideología que intenta objetivar la teoría de Lacan, termina ella también por representarla, convirtiéndose en una apología del orden instituido pues el tabú, lo que no le es dado al hombre es permanecer aferrado a un objeto; este aferrarse interrumpiría el flujo del intercambio que alimenta nuestras sociedades de consumo, y las arrastraría a un repentino aniquilamiento.

La noche del 29 de abril de 1986 fue el escenario de una magnífica velada académica y es la Asociación de Estudiantes de Filología a quien le cabe el mérito de haberla organizado bajo el siempre generoso patrocinio de la Decana de Letras, Cristina Brenes M.Sc.